

**E**n los volúmenes anteriores de *Hasta los confines de la tierra* («La fuerza del Espíritu» y «El macedonio»), Andrónico y su familia fueron leyendo y comentando el libro de los Hechos de los Apóstoles y algunas cartas de Pablo (1 Tesalonicenses, Gálatas, fragmentos de Corintios y Romanos). Tras la pausa impuesta por el calor del verano, reanudan su tarea. Los grandes viajes misioneros de Pablo (comentados en «El macedonio») ceden ahora el puesto a largos períodos sedentarios (dos años en Éfeso, dos en Cesarea, dos en Roma) y a los viajes finales (de Éfeso a Corinto, de Corinto a Jerusalén, de Cesarea a Roma). Los bienios de Éfeso y Cesarea, sobre los que Lucas ofrece pocos datos, sugieren a Andrónico la posibilidad de rellenarlos con la lectura de cartas de Pablo escritas en esos momentos: 1 y 2 Corintios, Romanos, Filemón y Filipenses. Pero Andrónico se dejará llevar más por criterios de contenido que cronológicos. Aunque sabe que la carta a los Romanos la escribió Pablo en Corinto (uno de los pocos datos seguros en los estudios paulinos), la dejará para el final, cuando Pablo llegue a Roma.

Mi intención al escribir esta serie es acercar el libro de los Hechos y las cartas de Pablo al cristiano medio, sin requerir de él o ella una especial formación bíblica y teológica. En la introducción al volumen anterior dije que «el comentario en familia es una forma de exégesis coral». Un jesuita argentino,

José Luis Lazzarini, gran amigo y muy amante de la música, me comentó que, más que un coro, se trataba de un quinteto. Efectivamente, Andrónico, Lucila, Livia, Néstor y Talía son un quinteto, al que a veces se añaden otros solistas invitados: Leví, Tamar y Hermógenes. En sus opiniones he procurado reflejar los principales puntos de vista de la exégesis bíblica, sin pretensiones de ser exhaustivo. Para ello me he servido de algunos buenos comentarios y estudios, que cito en los apéndices.

Los apéndices de este tercer tomo se centran en cuatro cartas de Pablo, tratándolas de manera muy desigual. Los ocho primeros están dedicados a diversos temas de la primera carta a los Corintios; algunas cuestiones las trato más a fondo (los grupos en Corinto o la relación de Pablo con las mujeres), en otras ofrezco simples sugerencias para la lectura. El apéndice 9 lo dedico a una posible reconstrucción de los conflictos y viajes subyacentes a la segunda carta a los Corintios. El 10, a la carta a los Filipenses, ofreciendo una guía de lectura. El 11, a los ocho primeros capítulos de la carta a los Romanos, con una mezcla de ficción y exposición. El 12 intenta responder, sin conseguirlo, al misterio que plantea el final abrupto de Lucas: ¿qué le ocurrió a Pablo tras la llegada a Roma? El 13, en una tarea igualmente descabellada, ofrece una nota sobre la cronología paulina.

Una vez más agradezco a Gabriela Giampetruzzi la elaboración de los mapas, tan útiles para comprender los viajes de Pablo. Los otros dibujos están tomados de la obra de Joaquín González Echegaray *Los Hechos de los Apóstoles y el mundo romano* (Verbo Divino, Estella 2002).

Agradezco a Ignacio Maury, Gabriela Giampetruzzi y María del Mar Gil la ayuda prestada en la corrección del original y las ideas que me han aportado.

Para facilitar la lectura de la parte novelada indico los principales protagonistas de este tercer volumen.

**Andrónico.** Protagonista de la historia. Nacido en Tróade el año cuarto de Nerón (58 de nuestra era). Livia es para él como una hermana mayor. Casado con Lucila, tiene dos hijos: Elena y Néstor. Tres de sus nietos, Lucas, Lisipa y Julia, intervienen en algunos capítulos de esta tercera parte.

**Ascanio.** Abuelo de Talía, hombre de gran cultura y simpatizante de la filosofía estoica. Su espléndida biblioteca y su disponibilidad supondrán una gran ayuda para los datos geográficos e históricos.

**Elena.** Hija de Andrónico y Lucila, casada con Teodoro, madre de Lucas, Lisipa y Julia.

**Hermógenes.** Misionero cristiano de paso por Tróade, nieto de Filemón.

**Julia.** Hija de Elena y Teodoro, nieta de Andrónico y Lucila.

**Leví.** Escriba judío convertido al cristianismo, gran conocedor de las Escrituras y de las tradiciones de Israel. Casado con Tamar y enfermo desde hace años, Andrónico deberá siempre ir a visitarlo.

**Lisipa.** Hija de Elena y Teodoro, nieta de Andrónico y Lucila.

**Livia.** Cristiana de origen judío y padres esenios, adoptada desde muy joven por los padres de Andrónico, ha sido para éste como una hermana mayor y para Néstor una especie de abuela y de educadora.

**Lucas.** Hijo mayor de Elena y Teodoro, nieto de Andrónico y Lucila.

**Lucila.** Esposa de Andrónico, mujer práctica y muy entregada a los miembros más necesitados de la comunidad. Es la que impone algo de sensatez cuando las discusiones corren peligro de perderse en el vacío.

**Néstor.** Hijo menor de Andrónico y Lucila, casado con Talía, con quien tiene tres hijos.

**Talía.** Esposa de Néstor, de origen pagano, convertida pocos años atrás al cristianismo. Mujer de gran cultura y extraordinarias ansias de saber.

**Tamar.** Esposa de Leví, mujer de fino sentido del humor.

**Teodoro.** Marido de Elena, padre de Lucas, Lisipa y Julia.

Facultad de Teología  
Granada, 19 de marzo de 2007

# 1

## *Una trampa, una sorpresa, un enigma*

(Hechos 18,23-19,7)

**E**l verano transcurrió con rápida monotonía, sin grandes sobresaltos ni noticias especiales. La mayor parte del tiempo la dediqué a pulir la redacción definitiva de las reuniones, a la que di el título de «El macedonio». Una labor dura y exigente, como puedes imaginar. Quizá por ello, la desaparición de los días de calor sofocante y la llegada de las plácidas tardes de septiembre no despertaron en mí el deseo de reanudar las reuniones. En cambio, Lucila, Néstor, Talía y Livia no compartían mi estado de ánimo. Por ciertas indirectas durante la comida, intuía yo que deseaban seguir comentando la obra de Lucas y las cartas de Pablo, pero mi pereza no se dejó influir por esas alusiones.

Una noche, mientras disfrutábamos en el patio de la agradable temperatura de septiembre, Néstor le comentó a Talía:

–Me hubiera gustado conocer a Apolo.

–¿Al dios Apolo? –preguntó Lucila escandalizada.

–No, madre. A un cristiano que se llamaba Apolo.

–¿Y era tan guapo como el dios? –dijo Talía, bromeando.

–No lo sé. Pero puedo asegurarte que hablaba muy bien.

–¿Y por qué te habría gustado conocerlo? –se interesó Lucila.

–Era un personaje especial: judío, nacido en Alejandría, dominaba las Escrituras, se expresaba mejor que Pablo... Lu-

cas habla de él en esa obra que estuvimos leyendo antes del verano.

—¿No sigue hablando de Pablo? —preguntó asombrada Talía.

—Muy poco. A partir de ahora el protagonista es Apolo. Será él quien funde realmente las comunidades de Éfeso y de Corinto.

Semejante disparate me hizo saltar violentamente.

—¿No digas tonterías!, Néstor. De Apolo habla Lucas muy poco. Sólo le dedica unas líneas. El verdadero protagonista sigue siendo Pablo.

—Pues yo pienso que Néstor tiene razón —comentó Livia dejándome con la boca abierta—. Tu padre decía que Apolo es un personaje importantísimo y que en Corinto muchos lo consideraban superior a Pablo.

—Eso último es verdad —reconocí—, pero mi padre no pudo decir nunca que Pablo desaparece de la historia que cuenta Lucas. Basta leer dos o tres columnas para darse cuenta. ¡Valiente estupidez!

—De Pablo —insistió Néstor, dispuesto a amargarme la noche—, lo único que se cuenta es que naufragó cuando iba a fundar la comunidad de Samotracia.

—¿En Samotracia no hay ninguna comunidad! Y Pablo no naufragó en ese viaje, sino cuando iba a Roma. ¿Vas a seguir diciendo tonterías?

—No te pongas así, Andrónico —me reprendió suavemente Lucila—. Con lo fácil que es resolver esta discusión tan tonta. Se lee el libro y se ve quién tiene razón.

Todos se quedaron mirándome. Cuando comprendí la trampa que me habían tendido, tuve que sonreír para no seguir haciendo el ridículo.

—Está bien. Pero dejadme unos días para organizar las reuniones.

En realidad, no había mucho que organizar. Pero necesitaba ese tiempo para darles una sorpresa.

\* \* \*

Dos días más tarde cambiamos nuestra rutina. Del jardín volvimos al triclinio, donde disponíamos de mejor luz para leer y era más fácil concentrarse en un diálogo serio. Quizá por un designio especial de la providencia, ese día llovió tan intensamente, y bajó tanto la temperatura, que no supuso un sacrificio cambiar de sitio.

Después de la cena me excusé un momento y reaparecí al cabo de poco con dos rollos: el ya conocido de Lucas, y otro que veían por vez primera.

—Estos meses, mientras vosotros os dedicabais a disfrutar del verano, yo he pasado horas y horas revisando la redacción de las reuniones, procurando que reflejasen con exactitud lo que dijo cada uno, sin desfigurar su pensamiento. Aquí tenéis la obra.

Comencé a desenrollar el extenso volumen, que todos se acercaron a contemplar de cerca y palpar. Si yo hubiera sido más tolerante, la reunión se habría ido en pasar el rollo de mano en mano, mientras cada cual buscaba algún detalle concreto que recordaba de forma especial. No se lo permití. Tendrían tiempo sobrado de hacerlo. Recuperé el volumen de sus manos y les dije:

—Antes de seguir leyendo la obra de Lucas conviene recordar lo que comentamos antes del verano, el segundo viaje misionero de Pablo. Lo voy a hacer leyendo el resumen que ofreció Néstor en la última reunión.

Todos, especialmente él, mostraron su acuerdo y su interés por saber cómo había quedado reflejado aquel final. Tuvieron que esperar un buen rato hasta que llegué al sitio exacto.

—Esto es lo que he escrito sobre la última actuación de Néstor:

*«Con un gesto ampuloso, imitando y exagerando la forma en que yo sacaba mi tablilla, sacó la suya, llena de anotaciones».*

Acallé una protesta incipiente de mi hijo y seguí leyendo:

*«En ese viaje, Pablo confirmó a las comunidades antiguas de Derbe y Listra, fundó la nuestra, donde tuvo la gran visión del macedonio, que cambió la historia; fundó las comunidades de Filipos, Tesalónica y Berea; sobrevivió a una paliza y a un terremoto; predicó en Atenas, al parecer sin mucho éxito, y fundó las iglesias de Corinto y de Cencreas. Después de matarse trabajando, tuvo que soportar que no lo viesan con buenos ojos en Jerusalén y en Antioquía, al menos durante una temporada.*

*»Debemos pensar también en las personas que han aparecido durante el viaje: Silas, que acompañó a Pablo desde el primer momento, incluso en los azotes, la cárcel y las huidas; Timoteo, que estaba tan contento de ser cristiano sin necesidad de circuncidarse, y Pablo lo circuncidó para que no se escandalizaran los judíos; Lidia, la vendedora de púrpura de Filipos, que albergó a los misioneros. ¡Ya te hubiera gustado a ti haber podido hacer lo mismo, madre!*

*»—Desde luego que sí —reconoció ella».*

—Ya te he dicho otras veces que esas cosas no deberías incluir las, Andrónico —protestó Lucila.

—A mí sí me gusta que las escriba —me apoyó Néstor—. Sigue.

*—«Luego está el carcelero, el del terremoto de Filipos, que se convierte con toda su familia. Y Jasón, el de Tesalónica, el que tiene que pagar una fianza para que lo dejen libre. En Atenas, Dionisio el Areopagita y Dámaris. En Corinto, Áquila y Priscila, el matrimonio amigo de Pablo; Ticio Justo; Crispo, jefe de la sinagoga; Sóstenes, otro jefe de la sinagoga, que también se lleva una paliza. Y todos los que ha ido nombrando padre durante la lectura de las cartas, pero a esos no los nombra Lucas y no los recuerdo.»*



Cuando di por terminada la lectura, Talía intervino entusiasmada.

—¡Está perfecto, padre! Al pie de la letra.

Néstor no estuvo plenamente de acuerdo.

—Al principio sobra un verbo, cuando dices que yo te imité «exagerando». Lo de «exagerando» sobra. Te imité perfectamente.

—¿Por qué no leemos todo lo que has escrito? —propuso Lucila—. Aunque no soy partidaria de incluir detalles personales, me ha gustado recordar lo que fuimos comentando.

—Entonces no avanzamos nada —objetó Livia—. Yo prefiero seguir con lo que estaba previsto para hoy.

—Desde luego —asentí—. Después de todo lo que he tenido que preparar no voy a callarme. Además, tengo una curiosidad. Quiero ver si captáis a la primera algo que a mí me ha costado mucho tiempo advertir.

—Seguro que lo captamos, padre. Somos más inteligentes.

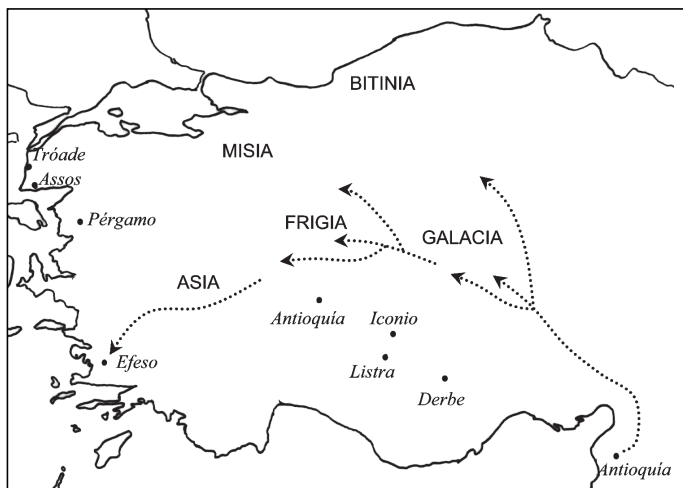
Pasé por alto la ironía de Néstor y aclaré.

—Se trata de comparar dos escenas, aparentemente muy distintas, para ver si encontráis alguna relación entre ellas. Pero antes voy a leer las pocas palabras que dedica Lucas al comienzo del tercer viaje misionero de Pablo.

Dejé sobre la mesa mi volumen recién estrenado y tomé el ya bastante usado de Lucas. Una señal dejada en el sitio exacto permitió no perder tiempo.

*Pasado algún tiempo, emprendió otro viaje y fue recorriendo por etapas la región de Galacia y Frigia confortando a todos los discípulos.*

—El punto de partida fue Antioquía de Siria, como en los dos casos anteriores. Y la actividad de confortar a los discípulos recordaréis que era muy típica de Pablo.



No pensaba añadir nada más, cuando me interrumpió Lucila.

—¿Viajó solo? Las otras dos veces iba acompañado.

—Sí, recordó Talía. La primera vez fue con Bernabé, y la segunda con Silas, ése al que también llaman Silvano.

Néstor la miró con odio fingido.

—¿No te da vergüenza tener tan buena memoria? A mí me ha llamado más la atención otra cosa: la actitud de la comunidad de Antioquía.

—De la comunidad no se ha dicho nada —objetó Lucila—. Yo, al menos, no lo recuerdo. Vuelve a leer el texto, Andrónico.

Obedecí humildemente.

*Pasado algún tiempo, emprendió otro viaje y fue recorriendo por etapas la región de Galacia y Frigia confortando a todos los discípulos.*

—¿Ves? —dijo Lucila a Néstor—. No se menciona a la comunidad.

—Pues eso es lo que a mí me extraña, madre, que no se la mencione. Yo también tengo buena memoria, y te aseguro que la primera vez lo despidieron con oración, ayuno e imponiéndole las manos. Y la segunda, los hermanos de Antioquía lo encomendaron al favor del Señor. Ahora, en cambio, se va solo, sin que nadie lo despida ni lo encomiende a Dios.

Lucila pareció escandalizarse de esa afirmación, pero yo reconocí interiormente que Néstor estaba poniendo el dedo en la llaga de una herida muy dolorosa para Pablo, herida que me había pasado desapercibida.

—Os lo advertí hace meses —siguió Néstor— cuando comenté la llegada de Pablo a Antioquía. Lo acogieron de manera muy fría, no le preguntaron cómo se encontraba, dónde había evangelizado, cuántos se habían convertido. Y os expliqué el motivo: Pablo se había peleado con Bernabé; desde entonces, los de Antioquía no miraron a Pablo tan bien como antes. Todo esto debe estar en ese volumen que ha escrito padre, si recoge fielmente lo que dijimos.

—Lo recoge perfectamente —aseguré—. Si lo lees, verás que dice lo mismo que tú has dicho, incluso más completo y mejor.

—Es que ahora no quería hacer una gran exposición, sino un resumen. Pero vuelvo a lo esencial: la comunidad de Antioquía se muestra tan fría al comienzo del tercer viaje como al final del segundo. Una pena, pero así son las cosas. De todos modos, yo no me detendría en la actitud de la comunidad, sino en la de Pablo. A pesar de lo fríamente que lo acogieron, su compromiso con el Señor Jesús y con el evangelio es tan grande que no duda en ponerse de nuevo en camino y empezar otra etapa de su vida.

La intervención de Néstor gustó a todos, y pensaba yo continuar cuando me interrumpió Talía.

—Lo que voy a decir no es por competir con Néstor. Pero yo también he echado en falta a otras comunidades: las de

Derbe, Listra e Iconio. Pablo las visitó al principio del segundo viaje, antes de atravesar Frigia y Galacia. Lo recuerdo porque tuve que preparar esa parte. Ahora, al comienzo del tercer viaje, si piensa ir a Frigia y Galacia, lo lógico sería que pasase por esas tres ciudades y visitara a las comunidades que fundó. Sin embargo, Lucas no dice nada de eso.

—Esas iglesias no las fundó él solo —matizó Néstor—; las fundó con Bernabé. Quizá allí ocurrió lo mismo que en Antioquía, que comenzaron a sospechar de Pablo.

—Tú estás empeñado en que a Pablo no lo querían bien —le dijo su madre.

—No es eso, Lucila —intervine yo—. Es posible que Néstor tenga razón. Pablo siempre tuvo muchos enemigos, incluso dentro de las iglesias. Quizá por eso no visitó esta vez las comunidades de Iconio, Listra y Derbe.

—¿Lucas habla más adelante de la evangelización de Frigia y Galacia? —preguntó Talía.

—No. Eso no lo cuenta, lo da por supuesto, como algo conocido. Es una de las cosas más extrañas de la obra de Lucas, sobre todo pensando en la importancia que tiene la carta a los gálatas. La próxima ciudad donde aparece Pablo es Éfeso.

Unas pocas palabras de Lucas habían centrado nuestra atención más de lo que yo había imaginado. A ese paso, intentar comentar todo lo programado para esta primera noche parecía una temeridad. Afortunadamente, se me ocurrió una solución rápida.

—Como nos hemos alargado mucho, por ser el primer día no voy a cansaros más. Me limitaré a leer esas dos escenas que parecen tan distintas, pero a las que les encuentro una gran relación de fondo. Tenéis toda la noche y el día de mañana para descubrirla.

Los cuatro se pusieron en tensión y yo comencé a leer con esta única advertencia: «Primera escena».

*Llegó a Éfeso un judío llamado Apolo, natural de Alejandría, hombre elocuente y muy versado en la Escritura. Lo habían instruido en el camino del Señor y hablaba con mucho entusiasmo enseñando con gran exactitud la vida de Jesús, aunque no conocía más bautismo que el de Juan. Apolo se puso a hablar abiertamente en la sinagoga. Cuando lo oyeron, Priscila y Aquila lo tomaron por su cuenta y le explicaron con más exactitud aún el camino de Dios. Teniendo él intención de pasar a Grecia, los hermanos lo animaron y escribieron a los discípulos de allí que lo recibieran bien. Su presencia, con el favor de Dios, contribuyó mucho al provecho de los creyentes, pues rebatía vigorosamente en público a los judíos, demostrando con la Escritura que Jesús es el Mesías.*

Eche una mirada en torno y añadí:

—Segunda escena.

*Mientras Apolo estaba en Corinto atravesó Pablo la meseta y llegó a Efeso; encontró allí a ciertos discípulos y les preguntó:*

—¿Recibisteis el Espíritu Santo cuando creísteis?

*Contestaron:*

—Ni siquiera hemos oído hablar de que haya un Espíritu Santo.

*Pablo volvió a preguntarles:*

—Entonces, ¿qué bautismo habéis recibido?

*Respondieron:*

—El bautismo de Juan.

*Pablo les dijo:*

—El bautismo de Juan era signo de arrepentimiento, mientras le decía al pueblo que creyesen en el que iba a venir después de él, es decir, en Jesús.

*Al oír esto se bautizaron, consagrándose al Señor Jesús, y al imponerles Pablo las manos, bajó sobre ellos el Espíritu Santo, y empezaron a hablar en lenguas y a pronunciar mensajes inspirados. Eran en total unos doce hombres.*

Levanté los ojos del volumen con una sonrisa maliciosa.

–Espero que mañana podáis darme la respuesta.

–Yo te la podría dar ahora mismo –presumió Néstor–, pero no quiero evitarles a estas queridas mujeres la obligación de pensar un poco.

–Yo necesitaría leer el texto de nuevo –dijo Lucila–. Con una sola lectura no se captan todos los detalles.

–Muy bien. Dejo aquí el volumen, a disposición de todos.

\* \* \*

–Me alegro de que hayamos comenzado las reuniones –comentó Lucila cuando nos acostamos–. Me hacía falta pensar en algo más serio que las cuatro cosas que te afanan todos los días. Me viene bien recordar el ejemplo de los primeros cristianos.

–A mí también –reconocí.

–Pues hay que ver el trabajo que nos ha costado convencerte. Si no llega a ser por la idea de Néstor... Es admirable la capacidad que tiene de inventar tonterías...

Mi bostezo lo interpretó como un acuerdo tácito, y continuó.

–Lo que ha dicho esta noche a propósito de Pablo, de la frialdad que encontró en Antioquía, me ha resultado muy duro. ¿Por qué no podremos llevarnos todos bien? Al menos, los que creemos en Jesús.

–Sí, es algo que no se entiende. El fallo es que ponemos a otras personas o a ciertas ideas por encima del Señor. Entonces surgen los conflictos. Ya lo verás cuando hablemos de la carta a los corintios.

Y di un bostezo tan sonoro que no se atrevió a seguir la conversación.